

res y niños para llevar adelante su miserable existencia».

Insensato es quien dice en su corazón que no hay Dios. Mas, ¿qué llamaremos al hombre que nos dice que Dios nos suplica que nos contentemos con esta clase de mundo?

CAPITULO VIII

TODOS DEBIÉRAMOS SER RICOS

Los términos rico y pobre se usan con mucha frecuencia en sentido relativo. Entre los campesinos irlandeses, puestos al límite de la inanición por el tributo que se les arranca para mantener á los señores territoriales, ausentes en Londres ó en París, «la mujer que tiene tres vacas» es considerada como rica, mientras que en la sociedad de millonarios, un hombre que sólo posee 500.000 duros, es considerado como pobre. Ahora bien, es natural que todos podemos ser ricos en el sentido de tener más que otros; pero cuando la gente dice, como acostumbra, que no todos pueden ser ricos, ó cuando dice que debe haber siempre pobres entre nosotros, no emplean las palabras en este sentido relativo. Llaman ricos á los que tienen bastante ó más de bastante riqueza para satisfacer todas las necesidades racionales, y pobres á los que no lo tienen.

Ahora bien, usando las palabras en este sentido no me asocio á los que dicen que no todos pueden ser ricos; á los que declaran que en la sociedad humana debe existir siempre el pobre. No quiero decir con esto, naturalmente, que todos debiéramos tener un séquito de criados; que todos debiéramos eclipsarnos

mutuamente en trajes, en atavíos, en la prodigalidad de nuestros bailes ó comidas, en la magnificencia de nuestras casas. Esto sería una contradicción en términos (1). Lo que quiero decir es que todos debiéramos tener comodidad y abundancia, no sólo de lo necesario, sino de lo que ahora estimamos como lujos y elegancias de la vida. No quiero decir que hubiese igualdad absoluta ni que ésta fuese apetecible. No quiero decir que todos tuviésemos la misma cantidad de todas las distintas formas de riqueza. Quiero decir que todos tendríamos bastante riqueza para satisfacer los deseos racionales; que todos tendríamos tanto de las cosas materiales como aquello á que ahora aspiramos; que nadie necesitaría robar ó estafar á su vecino; que nadie se fatigaría todo el día ó perdería el sueño por las noches por miedo á ser reducido á la pobreza ó pensando en adquirir riqueza.

¿Parece esto un sueño utópico? ¿Qué pensarían las personas de hace cincuenta años de uno que les hablase de que era posible coser por la fuerza del vapor, cruzar el Atlántico en seis días ó el Continente en tres, recibir en Londres al medio día un despacho expedido en Boston tres horas antes, oír en New-York la voz de un hombre que habla en Chicago?

¿Nunca visteis un cubo de agua arrojado á una piara de cerdos hambrientos? Así es la sociedad humana. ¿Nunca visteis una reunión de hombres y mujeres bien educados, que se sientan á una buena comida sin contiendas, empujones ni glotonerías, sabiendo que cada uno ha de satisfacer su apetito, condescendiendo con

(1) Latinismo sintáctico empleado en la lengua inglesa y todavía no admitido en castellano, que yo sepa. Es traducción literal del *contradictio in terminis*.—(N. del T.)

los demás y auxiliándoles? Así debiera ser la sociedad humana.

«El demonio coge al último», es el lema de nuestra sociedad de hoy, que se llama civilizada. Aprendemos á «preocuparnos del número primero», para que el número primero no sufra; á apoderarnos de otros que no necesitamos. El miedo de la pobreza nos hace admirar la gran riqueza; y así se forman hábitos de codicia y contemplamos el espectáculo lastimoso de hombres que tienen ya más de lo que pueden emplear en cualquier empresa, luchando, fatigándose y esforzándose por aumentar su caudal hasta que están al borde del sepulcro—ese sepulcro que, dígame lo que quiera, implica de fijo el rompimiento con todas las posesiones terrenas, por grandes que sean.

En vano se lee los domingos en suntuosas iglesias la parábola del rico y de Lázaro. ¿Qué significa eso en iglesias donde el rico sería bien acogido y Lázaro echado á puntapiés? En vano habla el predicador de la vanidad de los ricos, mientras la pobreza devora al que está en la iglesia. Pero la lucha violenta cesaría cuando el miedo á la pobreza hubiese desaparecido. Entonces, y hasta entonces no, sería posible una civilización cristiana.

¿Y no puede suceder esto?

Estamos tan acostumbrados á la pobreza, que hasta en los países más adelantados la consideramos como el destino natural de la gran masa del pueblo; que nos parece la cosa más sencilla que aun en nuestra elevada civilización las altas clases carezcan de lo necesario para una vida saludable y la gran mayoría arrastra una existencia pobre y oprimida por el trabajo más duro. ¡Hay profesores de economía política que enseñan que este estado de cosas es resultado de

leyes sociales de que es inútil quejarse! ¡Hay ministros de la religión que predicán que éste es el Estado que un Creador omnisciente y todopoderoso señala á sus hijos! Si un arquitecto edificase un teatro de manera que no viese ni oyese más que la décima parte del auditorio, le llamaríamos chapucero y remendón. Si un hombre fuese á dar un banquete y se proveyese de tan poca comida que nueve décimas partes de sus convidados tuvieran que quedar hambrientos, le llamaríamos loco ó algo peor. Sin embargo, estamos tan acostumbrados á la pobreza, que hasta los predicadores de lo que pasa por Cristianismo nos dicen que el gran Arquitecto del Universo, cuya infinita sabiduría demuestra toda la naturaleza, ha hecho en este mundo tal remiendo que la gran mayoría de las criaturas humanas á quienes ha traído á él están condenadas, por las condiciones que ha impuesto, á carecer de todo, á sufrir y á ejercer un trabajo brutal que no les da ocasión para el desarrollo de las facultades mentales—¡y que debe pasar su vida en una lucha enconada sólo para vivir!

Sin embargo, ¿quién no ha de ver que, á cualquier causa que se deba la miseria, no se debe á la avaricia de la naturaleza; quién no ha de ver que es ceguera ó blasfemia suponer que el Creador ha condenado á un gran número de hombres á trabajar sin descanso para vivir pobremente?

Si algunos hombres no tienen bastante para vivir con decencia, ¿no tienen otros mucho más de lo que necesitan? Si no hay riqueza suficiente para hacer que todos naden en la abundancia ¿es porque hemos llegado al límite de la producción de la riqueza? ¿Está cultivada toda nuestra tierra? ¿Está empleado todo nuestro trabajo? ¿Está todo nuestro capital utili-

zado? Por el contrario, en cualquier dirección que miremos, vemos el más estupendo derroche de fuerzas productoras; de fuerzas productoras tan poderosas, que si se les permitiese contribuir libremente á la producción de la riqueza serían tan enormes que habría más de lo suficiente para todos. ¿Qué rama de producción hay en que se ha llegado al límite? ¿Qué simple artículo de riqueza hay del cual no se produjese enormemente más?

Si la masa de la población de New-York se amontonan en los cálidos dormitorios de las posadas, no es porque no haya bastantes sitios vacíos dentro y fuera de New-York para dar á cada familia un espacio separado. Si los colonos van á Montana, Dakota y Manitoba, no es porque no haya vastas áreas de tierra inculta mucho más cerca de los centros de población. Si los renteros pagan un cuarto, un tercio y hasta la mitad de su cosecha por el privilegio de tener tierra que cultivar, no es porque no haya, aun en nuestros Estados más antiguos, grandes cantidades de tierra que nadie cultiva.

Tan cierto es que la miseria no deriva de la incapacidad de producir la riqueza, que por todas partes oímos que la facultad de producir excede á la posibilidad de encontrar un mercado; que el constante miedo parece ser que se produzca, no demasiado poco, sino demasiado mucho. ¿No mantenemos una elevada tarifa y tenemos en cada puerto una horda de empleados de aduanas, por miedo á que los habitantes de otros países nos abrumen con sus géneros? ¿No está una gran parte de nuestra maquinaria constantemente ociosa? ¿No hay, hasta en lo que llamamos buenos tiempos, un inmenso número de hombres sin empleo, que trabajarían alegremente, produciendo ri-

queza si tuviesen oportunidad? ¿No oímos ahora mismo, por todas partes, hablar de los obstáculos originados por el exceso del poder productivo y de la combinación para limitar la producción? Los poseedores de carbón de piedra se reúnen para limitar sus productos; los herrajes se han soldado; los destiladores han convenido en limitar su producción al promedio de su capacidad, y los refinadores de azúcar al 60 por 100; los molinos de papel suspenden sus tareas uno, dos ó tres días por semana; los fabricantes de trajes militares, en una reunión reciente, convinieron en cerrar sus fábricas hasta que el actual exceso de producción en el mercado se haya reducido mucho; muchas otras manufacturas han hecho lo mismo. La maquinaria de calzado de Nueva Inglaterra puede en seis meses, según se dice, surtir toda la demanda de los Estados Unidos por doce meses; la maquinaria para hacer mercancías de goma puede producir el doble de lo que el mercado acepta.

Esta aparente abundancia de producción y este aparente exceso de poder productivo se extiende á todas las ramas de la industria y es evidente en todo el mundo civilizado. Desde las zarzamoras, bananas ó manzanas, hasta los buques de vapor trasatlánticos y los espejos, apenas hay un artículo de comodidad ó conveniencia humana que no pueda producirse en mucha mayor cantidad que ahora sin disminuir la producción de ningún otro artículo.

Tan evidente es esto, que muchas personas piensan, hablan y escriben como si la inquietud fuese que no hay bastante trabajo. Estamos en miedo constante de que otras naciones hagan para nosotros algo del trabajo que nosotros mismos debíamos hacer, y para impedirlo nos resguardamos con una tarifa. Alabamos

como bienhechores públicos á los que, como decimos, «proporcionan empleo». Estamos hablando constantemente como si este «proporcionar empleo», este «dar trabajo» fuesen los mayores dones que se pudiesen conceder á la sociedad. Si se atendiese á mucho de lo que se habla y de lo que se escribe, pensaría uno que la causa de la pobreza es que no hay bastante trabajo para tantas personas; y que si el Creador hubiese hecho las rocas más duras, el suelo menos fértil, el hierro tan escaso como el oro y el oro como el diamante, ó si los barcos se fuesen á pique y las ciudades se quemasen más á menudo, habría menos pobreza, porque habría más trabajo.

El lord Mayor de Londres dice á una comisión de trabajadores sin trabajo que no hay demandas para su trabajo y que el único recurso que les queda es ir al Asilo de pobres ó emigrar. El gobierno inglés hace embarcar en Irlanda hombres y mujeres para evitar mantenerlos como pobres. Hasta en nuestro país hay en todo tiempo un gran número, y en tiempos difíciles un número inmenso de personas que buscan trabajo afanosamente.

Quizá nada demuestre más claramente las enormes fuerzas de producción, constantemente malgastadas, que el hecho de que la época más próspera en todas las ramas del comercio que este país ha conocido, fué durante la guerra civil, cuando manteníamos grandes flotas y ejércitos y millones de nuestra población industrial estaban obligados á surtirlos de riqueza, que se consumía improductivamente ó se destruía con indiferencia. Es ocioso hablar de la ficticia prosperidad de estas abundantes épocas. La gran masa del pueblo vivía mejor, se vestía mejor, arreglaba más fácilmente la existencia y tenía más lujos y diversiones que en

las épocas normales. Había más riqueza tangible y real en el Norte al comenzar que al acabar la guerra. Y no era la gran salida del dinero en papel ni la creación de la deuda lo que causaba esta prosperidad. La prensa del gobierno lanzaba promesas de pagar, mas no imprimía barcos, cañones, armas, utensilios, víveres y uniformes... Y no copiamos estas cosas de otros países ó «de la posteridad». Nuestros siervos no empezaron á ir á Europa hasta después de la guerra, y los que integran una generación no pueden copiar á los de otra, como los habitantes de este planeta en que vivimos no podemos copiar á los habitantes de otro planeta ó de otro sistema solar. La riqueza consumida y destruida por nuestros ejércitos y escuadras provino, pues, del fondo de riqueza entonces existente. Hubiéramos continuado la guerra sin conseguir la sumisión de un solo esclavo, si, cuando no teníamos remordimiento en arrebatarse á la esposa y los hijos el único que les ganaba, no lo hubiéramos tenido en arrebatarse la riqueza del rico.

El trabajo y el capital comprometidos en la producción mantenían nuestros ejércitos y flotas y consentían el uso improductivo y destructor de la riqueza. Y porque la demanda causada por la fuerza estimulaba las fuerzas productoras á la actividad, no sólo se surtía el enorme desaguadero de la guerra, sino que el Norte se hacía más rico. El gasto del trabajo en marchas y contramarchas, en hacer trincheras, en dar batallas; el gasto de la riqueza consumida ó destruida por nuestros ejércitos y escuadras, no ascendía á tanto como el gasto constantemente mantenido de trabajo sin empleo y maquinaria ociosa ó usada en parte.

Es evidente que este enorme gasto de poder pro-

ductivo se debe, no á los defectos de las leyes de la naturaleza, sino á los malos arreglos sociales, que niegan al trabajo el acceso á las oportunidades naturales de aplicación y quitan al trabajador su justa recompensa. Indudablemente, la abundancia de mercados no proviene, en realidad, del exceso de producción, cuando hay tantos que carecen de las cosas que dicen producirse con exceso, y que cambiarían de buena gana su trabajo por ellas si tuviesen ocasión. Todo día pasado en ociosidad forzosa por un trabajador, que con mucho gusto estaría trabajando si tuviese ocasión, significa otro tanto de menos en el fondo que crea la demanda efectiva de otro trabajo; siempre que se reduzcan los salarios, se produce otra reducción en la facultad que el trabajador tiene de adquirir otras cosas. La parálisis, que en todo tiempo destruye la facultad productora, y que en épocas de depresión industrial causa más pérdidas que una gran guerra, trae origen de la dificultad que encuentran en satisfacer sus necesidades los que de buena gana lo harían. No puede provenir de ninguna limitación natural mientras el deseo humano no quede satisfecho y la naturaleza todavía ofrezca al hombre el aliciente material de la riqueza. Debe provenir de los desarreglos sociales que permiten la monopolización de estas oportunidades naturales y que despojan al trabajo de su justa recompensa.

Cuáles son estos malos arreglos, trataré de demostrarlo en los siguientes capítulos. En éste deseo simplemente llamar la atención sobre el hecho de que la fuerza productiva en un estado de civilización como el nuestro es suficiente, por mucho que gastásemos, para proveerlo todo en abundancia. Sólo quiero indicar que la causa de la pobreza no estriba en limita-

ciones naturales, que no podemos alterar, sino en desigualdades é injusticias de distribución cuyo remedio está por completo en nuestras manos.

El pasajero que abandona á New-York en un trasatlántico no teme que las provisiones se le acaben. Los hombres que gobiernan estos buques no navegan nunca sin provisiones suficientes para todos los que llevan. El que hizo este planeta para morada nuestra, ¿ha de carecer de la previsión que tiene el hombre? No. En el suelo y en la luz del sol, en la vida animal y en la vegetal, en las venas de los minerales y en las fuerzas aéreas que están comenzando á emplearse, hay riquezas que no podemos agotar, materiales y facultades con que el esfuerzo humano, guiado por la inteligencia, puede satisfacer todas las necesidades materiales de las criaturas humanas. No hay en la naturaleza razón de ser para la pobreza, ni siquiera para la pobreza del baldado ó del decrepito. Porque el hombre es por naturaleza un animal social, y los afectos de la familia y las simpatías sociales, cuando la pobreza crónica no corrompe y embrutece, satisfaría ampliamente á los que no se satisficiesen consigo mismo.

Mas si no empleamos la inteligencia de que hemos sido dotados para adaptar la organización social á las leyes naturales; si permitimos que los perros monopolicen lo que no podemos usar; si consentimos que la fuerza y la astucia opriman al trabajo honrado, debemos aguantar la pobreza crónica y todos los males sociales que inevitablemente trae. En tales condiciones habría pobreza en el mismo paraíso.

«Siempre habrá pobres entre vosotros.» Si alguna vez la Biblia se ha puesto al servicio del demonio, ha sido en esta ocasión. ¡Cuántas veces se ha despojado

á estas palabras de su significado evidente para lisonjear la conciencia con la aquiescencia á la miseria y á la degradación humana, para sostener la blasfemia, la verdadera renegación de Cristo y de sus enseñanzas, de que el Omnisciente y Misericordioso, el Padre Eterno, ha decretado que tantas de sus criaturas deben ser pobres, para que otras de sus criaturas, para quienes El quiere las cosas buenas de la vida, disfruten del placer y de la virtud de repartir limosnas! «Siempre habrá pobres entre vosotros», dijo Cristo; pero todas sus enseñanzas implican la limitación: «hasta la venida de mi reino». En ese reino de Dios *sobre la tierra*, ese reino de justicia y de amor por el que enseñó á sus discípulos á luchar y á rogar, no habrá pobres. Pero aunque la fe, la esperanza y la lucha por este reino son de la verdadera esencia de las enseñanzas de Cristo, los más acérrimos difamadores é incrédulos de su posibilidad encuéntranse entre los que se llaman cristianos. Sigular idea tienen de la Divinidad los que se mantienen ortodoxos y contribuyen á la conversión de los paganos. Un ortodoxo cristiano muy rico decía á un reporter de un periódico, poco ha, sobre la realización de una gran obra, de la que se decía que había sacado millones: «Hemos sido particularmente favorecidos por la Divina Providencia; nunca el hierro estuvo tan barato ni los jornales tan por los suelos en el mercado.»

Culpa *nuestra* es y vergüenza *nuestra* que, á despecho de todos nuestros grandes adelantos, siempre tengamos entre nosotros á los pobres, á los que, sin culpa suya, no pueden proporcionarse una vida saludable. El que reflexiona no puede dejar de reconocer que sólo la injusticia es la que niega al trabajo las ocasiones naturales de aplicarse, y roba al productor

los frutos de su faena, que nos impide á todos ser ricos. Considerad las enormes fuerzas de producción que ahora se malgastan; considerad el gran número de consumidores improductivos mantenidos á expensas de los productores; los hombres ricos y los andrajosos, los más que inútiles empleados del gobierno, los rateros, los salteadores y los rufianes; los ladrones altamente respetables que ejecutan sus operaciones al amparo de la ley; el gran ejército de jurisconsultos; los mendigos, los pobres y los presos; los monopolistas y jugadores de todo género y grado. Considerad cuántos músculos, energía y capital se dedican, no á la producción, sino á la adquisición de la riqueza. Considerad el gasto causado por la competencia que no aumenta la riqueza; por las leyes que restringen la producción y el cambio. Considerad cómo la fuerza humana disminuye por la insuficiencia de alimentación, por las habitaciones poco saludables, por el trabajo hecho en condiciones que producen la enfermedad y acortan la vida. Considerad cómo la inmoderación y el despilfarro siguen á la pobreza. Considerad cómo la ignorancia derivada de la pobreza disminuye la producción y cómo el vicio engendrado por la pobreza causa la destrucción; ¿y quién dudará de que en buena justicia social todos debieran ser ricos?

Las fuerzas productoras de riqueza que surgirían en un estado social basado sobre la justicia, donde la riqueza recayese en los productores de ella y el destierro de la pobreza hubiese desterrado el miedo, la codicia y la lujuria que de ella derivan, sólo podemos ahora imaginar débilmente. Asombrosos como han sido los descubrimientos é invenciones de este siglo, es evidente que apenas han comenzado á invadir

el dominio que el espíritu puede tener sobre la materia. El descubrimiento y la invención han nacido de la comodidad, del bienestar material, de la libertad. Una vez aseguradas todas estas cosas, ¿quién dirá á qué dominio sobre la naturaleza puede llegar el hombre?

No es necesario que ninguno se condene al trabajo monótono; no es necesario que ninguno carezca de la riqueza y de la comodidad que permiten el desarrollo de las facultades que elevan al hombre sobre el animal. El espíritu, no el músculo, es el motor del progreso, la fuerza que impulsa á la naturaleza y produce la riqueza. Al convertir á los hombres en máquinas, malgastamos las fuerzas más nobles. Ya en nuestra sociedad hay una clase favorecida que no necesita pensar en el mañana, en lo que comerá, en lo que beberá, ó con qué se vestirá. ¿Y no puede suceder que Cristo fuese algo más que un soñador cuando decía á sus discípulos que en aquel reino de justicia por el que les enseñaba á luchar y orar, esta sería la situación de todos?

CAPITULO IX

PRIMEROS PRINCIPIOS

Todo el que considera los problemas sociales y políticos que se nos plantean, debe ver que radican en el problema de la distribución de la riqueza y también ver que, aunque su solución pueda ser sencilla, debe ser radical.

Para cada injusticia social debe haber un remedio. Pero el remedio no puede ser nada menos que la abolición de la injusticia. Las medidas á medias, las mejoras y las reformas secundarias pueden en cualquier ocasión realizar algo y pueden en un largo plazo no aprovechar nada. Nuestras asociaciones de caridad, nuestras leyes penales, nuestras restricciones y prohibiciones por las cuales con tan poco provecho nos esforzamos en mitigar y refrenar el crimen, ¿qué son, á lo mejor, sino la treta de un *clown* que, habiendo cargado todo el peso de su asno en un canasto, trata de hacer caminar al pobre animal cargando de piedras el otro canasto?

En New-York, cuando esto escribo, los periódicos y las iglesias están convocando para sus suscripciones para sus «nuevos fondos de aire»: para que puedan recogerse al día ó á la semana algunos niños pobres, arrancados al calor mortífero de las sofocantes casas

de vecindad, y darles un soplo del fresco aire del mar ó de la montaña; mas poco se adelanta con esto, pues recogemos á esos niños sólo para hacerlos volver á su situación anterior—situación que para muchos significa algo peor que la muerte del cuerpo; situación que da la seguridad de que, de las vidas que así puedan salvarse, algunas se salvan para el burdel y el hospicio y otras para el presidio.—Podemos continuar siempre recogiendo fondos «de aire fresco», y por grandes que sean estos fondos, siempre aumentará la necesidad, y los niños—precisamente los niños de quienes dijo Cristo: «Cuidad de no despreciar á uno de estos pequeñuelos, porque yo os digo que en los cielos los ángeles miran siempre el rostro de mi Padre»—morirán como moscas, mientras la pobreza obligue á los padres y madres á continuar la vida de las horribles casas de vecindad. Podemos inaugurar «misiones de media noche» y sostener «casas cristianas para recoger á muchachas jóvenes», pero ¿qué adelantaremos con eso al tropezar con la situación general que hace á tantos hombres incapaces de aguantar la vida, que hace á las muchachas jóvenes considerar como un privilegio que se les permita ganar tres duros por cada ochenta y un horas de trabajo, que puede arrastrar á una madre á tal desesperación que arroje á sus niños por un muelle de nuestra cristiana ciudad y luego se tire al río ella misma? ¿Qué vanamente nos esforzaremos por reprimir el crimen con nuestros bárbaros castigos de las clases más pobres de criminales mientras los niños se eduquen en las brutales influencias de la pobreza, mientras el aguijón de la necesidad arrastre al hombre al crimen! ¿Qué ocioso ó poco menos es para nosotros prohibir el trabajo del niño en las fábricas cuando la escala de salarios sea tan redu-

cida que no permita á los padres sostener á sus familias sin las ganancias de sus pequeñuelos! ¿Para qué tratamos de impedir la corrupción política ideando nuevos frenos y poniendo á un oficial para vigilar á otro oficial cuando el miedo ó la necesidad aviva el incentivo de las riquezas y el ladrón rico es honrado mientras se desprecia á la honesta pobreza?

Ni realizaríamos ningún equilibrio permanente en la distribución de la riqueza aunque la arrancásemos por la fuerza á los que tienen y lo diésemos á los que no tienen. Cometeríamos una gran injusticia; causaríamos gran daño; pero, desde el momento en que se estableciese este equilibrio, las tendencias que actualmente se presentan como desigualdades injustas comenzarían á robustecerse de nuevo y al poco tiempo habría tan grandes desigualdades como antes.

Lo que debemos hacer si queremos curar la enfermedad y alejar el peligro social es destruir las causas que impiden la justa distribución de la riqueza. Este trabajo es solo de cambio. No es necesario formar complicados y hábiles planes para asegurar la justa distribución de las riquezas. Porque la justa distribución de la riqueza es indudablemente su distribución natural, y la injusticia en la distribución de la riqueza debe, por consiguiente, resultar de los obstáculos á su distribución natural.

En cuanto á lo que es la justa distribución de la riqueza no puede haber disputa. Es la que da riqueza al que la produce y la asegura al que la ahorra. Está tan fuera de duda que ésta sea la única distribución justa de la riqueza, que hasta esos superficiales escritores que intentan defender el estado de cosas existente, se ven obligados, por una necesidad lógica, á suponer falsamente que los que ahora poseen la ma-

yor parte de riqueza la produjeron y la ahorraron ó la recibieron por donación ó por herencia, de los que la produjeron y la ahorraron; cuando, por el contrario, el hecho es, como he demostrado en un capítulo anterior, que todas estas grandes fortunas, cuyos resultados son los pobres, provienen realmente de las producciones y ahorros de otras personas.

Y que esta justa distribución de la riqueza es la distribución material, puede verse con evidencia. La Naturaleza da riqueza al trabajo y nada más que al trabajo. No hay ni puede haber ningún artículo de riqueza, sino el que el trabajo ha dado produciéndola ó explorándola del material en bruto que el Creador nos ha dado para que lo aprovechemos. Si hubiese un solo hombre en el mundo, es evidente que no tendría más riqueza que la que fuese capaz de producir y ahorrar. Este es el orden natural. Y por grande que sea la población, ó por complicada que sea la sociedad, nadie puede tener más riqueza que la que produce y ahorra, á menos que la consiga por libre donación ó apropiándose las ganancias de cualquier otro.

Un escritor inglés ha dividido á todos los hombres en tres clases: trabajadores, mendigos y ladrones. La clasificación no es lisonjeadora para las «clases elevadas» ó «clases mejores», como ellas mismas se llaman, pero es económicamente verdadera. Hay sólo tres medios por los cuales cualquier individuo puede ganar dinero: por el trabajo, por la donación ó por el robo. Indudablemente la razón de que los trabajadores ganen tan poco, está en que los mendigos y ladrones ganan tanto. Cuando un hombre obtiene riqueza que no produce, la obtiene necesariamente á expensas de los que la producen.

Todos necesitamos asegurar una justa distribución de la riqueza, hacer lo que todas las teorías convienen en que es la función primordial del gobierno: asegurar á cada uno el libre empleo de su facultad, limitada sólo por la libertad igual de los otros; asegurar á cada cual el pleno disfrute de sus ganancias, limitadas sólo por las contribuciones que pueden exigirse en justicia para servir á los fines del beneficio común.

Deseo recalcar este punto, porque hay personas que hablan y escriben constantemente como si todo el que encuentra defectos en la actual distribución de la riqueza exigiese que el rico fuera despojado en beneficio del pobre, que el ocioso fuese mantenido á expensas del trabajador y que se crease una igualdad imposible que, reduciendo á todos al mismo nivel, destruyese el incentivo de sobresalir y diese el alto al progreso.

En la reacción de la notoria injusticia de las actuales condiciones sociales, se han propuesto tales esquemas y todavía encuentran defensores. Pero, según mi modo de pensar, son tan impracticables y repugnantes como puedan parecer á los que más se distinguen en sus denuncias contra el «comunismo». No quiero decir con esto que en el progreso de la humanidad no sea posible un estado social que realice la fórmula de L. Blanc: «A cada uno según sus facultades, á cada uno según sus necesidades», porque hoy día existen, en las órdenes religiosas de la Iglesia católica, asociaciones que conservan el comunismo de la cristiandad primitiva. Pero parece que el único poder por el cual puede llegarse á conseguir ese estado y á conservar ese estado, es lo que los forjadores de los esquemas de que hablo ignoran

por lo general, hasta cuando no disputan directamente—una fe religiosa profunda, definida, intensa, tan clara, tan ardiente, que destruyese por completo el pensar en si mismos—una situación moral general como la que los metodistas declaran, con el nombre de «santificación», que es individualmente posible, en que el sueño de la inocencia prístina se convirtiese en realidad, y el hombre, por decirlo así, caminase del brazo con Dios.

Pero la posibilidad de ese estado de sociedad parece en la presente etapa del desarrollo humano una especulación que entra en el elevado dominio de la fe religiosa más bien que en los intereses del economista ó del político práctico. ¿Qué hombre juicioso se atreve á afirmar que la naturaleza en este punto infinitesimal del espacio y del tiempo, que llamamos el mundo, es la más elevada expresión del poder y objeto que dió ser al universo? Sin embargo, es evidente que el único medio de que el hombre alcance las cosas más elevadas, es conformando su conducta á esos preceptos que son tan evidentes en sus relaciones con sus semejantes y con la naturaleza eterna como si estuviesen grabados por el dedo del Omnipotente en tablas de piedra imperecedera. En el orden del desarrollo moral, Moisés está antes de Cristo; el «No matarás», «No cometerás adulterio», «No hurtarás», antes del «Amarás á tu prójimo como á ti mismo». El precepto: «No pondrás el bocado al buey que pisotee el trigo», precede á la letárgica visión de la paz universal, en que cesará hasta la rapiña de la Naturaleza, cuando el león se acueste con el cordero y un niño pequeño los conduzca.

No digo que la justicia es la cualidad más elevada en la jerarquía moral; pero es la primera. Lo que

está sobre la justicia, debe estar basado en la justicia é incluir la justicia y ser alcanzado por la justicia. No es por casualidad por lo que, en el desarrollo hebraico religioso, que á través del cristianismo hemos heredado, la declaración: «El Señor tu Dios es un Dios justo», precede á la más suave revelación de un Dios de amor. Hasta que se aprecia la eternal justicia, debe permanecer oculto el eterno amor. Así como el individuo debe ser justo antes de que pueda ser verdaderamente generoso, así la sociedad humana debe basarse en la justicia antes de que pueda basarse en la benevolencia.

Esto, y solo esto, es á lo que yo aspiro: que nuestras instituciones sociales se conformen con la justicia; á esos principios naturales y eternos de lo recto que son tan evidentes que nadie puede negarlos ó disputarlos; tan evidentes, que por una ley del espíritu humano, hasta los que traten de defender la injusticia social deben invocarlos. A esto y sólo á esto es á lo que aspiro; que el que produce tenga; que el que ahorre disfrute. No pido á favor del pobre nada que propiamente pertenezca al rico. En vez de debilitar y confundir la idea de propiedad, le daría sanciones más vigorosas. En vez de aminorar el incentivo para la producción de la riqueza, lo haría más poderoso haciendo más segura la recompensa. Todo lo que el hombre ha añadido al fondo común de riqueza ó ha recibido de la libre voluntad del que la produjo, debe ser suyo, contra todo el mundo debe emplearlo ó darlo, hacer con ello lo que quiera, mientras ese uso no perjudique á la libertad igual de los demás. Por mi parte, no pondría límite á la adquisición. No importa que un hombre pueda ganar muchos millones por métodos que no implican el robo á otros; son su-

yos, que los tenga. No le pidáis por caridad ó le zumbéis en los oídos que su deber es ayudar al pobre. Eso es cuestión suya. Que haga lo que quiera con lo que es suyo, sin restricción y sin sugestión. Si gana sin quitar á otros y lo emplea sin hurtar á otros, lo que hace con su riqueza es asunto suyo y él es responsable.

Respeto el espíritu que, en ciudades como Londres y New-York, organiza tan grandes asociaciones de caridad y les da tan magníficas dotaciones; mas esas asociaciones de caridad me demuestran que es una injuria llamar cristianas á tales ciudades. Honro á los Astor por haber dotado á New-York de una gran Biblioteca y á Pedro Cooper por haberle dado un magnífico Instituto; pero es una vergüenza y una desgracia para el pueblo de New-York que esas cosas se abandonen á la beneficencia privada. Y el que lucha por ese reconocimiento de la justicia que, asegurando á cada cual lo suyo, hará innecesario pedir limosnas, hace una obra más grande que el que edifica iglesias, dota hospitales ó funda colegios y bibliotecas. Esta justicia, que aseguraría á cada cual sus ganancias, es la que el Apóstol tenía en cuenta cuando decía: «*Si repartiase todos mis bienes á los pobres y diese mi cuerpo á las llamas y no tuviera caridad, ¿de qué me aprovecharía?*»

Indaguemos primero cuáles son los derechos naturales del hombre, y esforcémonos en asegurarlos antes de proponernos pedir ó robar. En lo sucesivo consideraré cuáles son los derechos naturales de los hombres, y cómo, en el presente estado social, son ignorados y negados. Esto se hace necesario por la naturaleza de este análisis. Pero no deseo invitar á los que sigan mi voz á exigir sus derechos tanto como invitarlos á asegurar los derechos de otros más impotentes. Creo

que la idea del deber es más poderosa para la reforma social que la idea del interés; que en la simpatía hay una fuerza social más rigurosa que en el egoísmo. Creo que toda gran reforma social debe estar animada de ese espíritu que trata de la vida mejor, más noble, más feliz para los demás antes que de ese espíritu que sólo busca más goce para sí mismo. Porque el Mammon de la injusticia siempre puede sobornar al egoísmo con tal que haya algo que ganar; pero el desinterés no puede comprarse.

En la idea de la Encarnación—del Dios descendiendo voluntariamente á redimir á los hombres, idea que no sólo está incorporada al cristianismo, sino á otras grandes religiones—late, pienso á veces, una verdad acaso más profunda de lo que la Iglesia enseña. Es cierto que los redentores, los liberadores de la humanidad, siempre han sido los que se han guiado por la luz de la inteligencia más bien que los que se han estimulado por su propio sufrimiento. Así fué Moisés, instruido en toda la ciencia de los egipcios y poderoso en la corte de Faraón, y no un esclavo, quien guió á los hijos de Israel desde la tierra del cautiverio: así fueron los Gracos, de sangre y fortuna patricia, quienes lucharon hasta la muerte contra el sistema de monopolio territorial, que por fin destruyó á Roma; así han sido siempre los oprimidos, los desgraciados, los pisoteados, los que se han redimido y elevado, más bien que por su propia fuerza, por los esfuerzos y sacrificios de aquellos á quienes la fortuna ha sido más benigna. Porque cuanto más plenamente han sido despojados los hombres de sus derechos naturales, menos poder tienen para recobrarlos. Cuanta más necesidad de ayuda tienen los hombres, menos pueden ayudarse.

El sentimiento á que yo apelo no es la envidia, ni siquiera el propio interés, sino á ese noble sentimiento que encuentra vigorosa, aunque ruda, expresión en ese himno de batalla que atraviesa la tierra cuando una gran injusticia la inunda de sangre:

In the beauty of the lilies, Christ was born across the sea,
with a glory in His bosom to transfigure you and me;
as He died to make me holy, let us die to make men free (1).

¿Y qué hay en la vida que pueda compararse con el esfuerzo para hacer lo que podamos, aunque siempre sea muy pequeño, por mejorar la situación social y poner á otras vidas en condiciones de alcanzar un desarrollo más pleno y más noble? El antiguo John Brown, al morir con la muerte del traidor, entró en la eternidad con los brazos maniatados y el beso del niño esclavo en sus labios; ¿no fué la suya una vida más noble, y una muerte más sublime, que si todos sus años los hubiese dedicado á satisfacer su interés? ¿No llevó consigo más que el hombre que se afana por la riqueza y *deja* sus millones? ¡Envidiar al rico! ¿Quién que sepa que debe un día despertar en la eternidad, puede envidiar á los que malgastan sus fuerzas en acumular lo que no pueden emplear aquí y no pueden llevar consigo? La única cosa cierta para cualquiera de nosotros es la muerte. «Como la sombra que cruza tu pared, así es, oh Rey, la vida del hombre.» Venimos de donde no sabemos; vamos, ¿quién dirá adónde? Impenetrable oscuridad y sombras apiñadas pasan delante de nosotros. ¿Qué importa, cuan-

(1) «Con la belleza de los lirios, Cristo ha surgido sobre el mar, con una gloria en su pecho que os transfiguraría á vosotros y á mí; como *El murió por hacer á los hombres santos, muramos nosotros por hacer á los hombres libres.*» Julio Ward. Howe, *Battle-Hymn of the Republic*.

do nos llegue nuestra vez, que dejemos una gran fortuna ó nada, que hayamos recogido honores ó hayamos sido despreciados, que hayamos sido instruidos ó ignorantes, si se compara con el modo de haber usado ese talento que se nos ha confiado para el servicio del Señor? ¿Qué importa, que las órbitas se pongan vidriosas y los oídos sordos, con tal que en la oscuridad pueda extenderse una mano, y en el silencio pueda escucharse una voz: «*Bien cumpliste, siervo bueno y fiel; has sido fiel en lo poco, te haré dueño de lo mucho; entra en el gozo de tu Señor?*»

Hablaré de los derechos, hablaré de la utilidad, hablaré del interés; combatiré en su terreno favorito á los que dicen que la mayor producción de la riqueza es el mayor bien, y el progreso material la aspiración más elevada. Sin embargo, aprecio la verdad contenida en estas palabras de Mazzini á las clases trabajadoras de Italia y las repito: «¡Trabajadores, hermanos! Cuando Cristo vino y cambió la faz del mundo, no habló de derechos á los ricos, que no necesitaban obtenerlos; ni á los pobres, que indudablemente hubieran abusado de ellos, á imitación de los ricos; no habló de utilidad ni de interés á un pueblo á quien el interés y la utilidad habían corrompido; habló del deber, habló del amor, del sacrificio y de la fe; y dijo que los primeros entre todos serían los que hubiesen contribuido más con su trabajo al bien de todos. Y las palabras de Cristo resonaron en los oídos de una sociedad en que se había extinguido toda verdadera vida, la trajeron de nuevo á la existencia, conquistaron los millones, conquistaron al mundo y fueron causa de que la educación de la raza humana ascendiese un grado en la escala del progreso. ¡Trabajadores! Vivimos en una época semejante á la de Cristo.

Vivimos en medio de una sociedad tan corrompida como la del Imperio Romano, sintiendo en lo más íntimo de nuestras almas la necesidad de reanimarla y transformarla, y de unir á todos sus miembros en una sola fe, bajo una sola ley, en una sola aspiración: el libre y progresivo desarrollo de todas las facultades de que Dios ha dotado á sus criaturas. Busquemos el reinado de Dios *así en la tierra como en el cielo*, ó, mejor dicho, que la tierra pueda llegar á ser una preparación para los cielos y la sociedad un esfuerzo hacia la realización progresiva de la idea divina. Pero todos los actos de Cristo eran la representación visible de la fe que predicaba; y alrededor de él estaban los apóstoles que encarnaban en sus acciones lo que habían aceptado. Sed así y conquistaréis algo.»

«Predicad el deber á las clases que están sobre vosotros, y cumplid, en cuanto de vosotros dependa, el vuestro. Predicad el deber, el sacrificio y el amor; y sed vosotros mismos virtuosos amantes y dispuestos al sacrificio de vosotros mismos. Decid audazmente vuestros pensamientos y haced conocer valerosamente vuestras necesidades; pero sin cólera, sin irritación y sin amenazas. La amenaza más fuerte, si en realidad hay alguno para quienes sean necesarias las amenazas, sería la serenidad, no la irritación de vuestro lenguaje.»